

Presentación

JAIME PASTOR

La idea de Europa se ha ido construyendo a lo largo de la historia y se ha convertido en una fórmula asumida con naturalidad. Pese a ello, no ha dejado de ser recurrente la pregunta con que inicia su obra Paloma García Picazo: «*Europa*. ¿Qué clase de *cosa* es ésta? Uno la nombra y quizá cree saber a qué se refiere. Parece evidente. Está en la vida cotidiana, forma parte de ella. En los atlas figura una parte del mundo consignada así: “Europa”. Su delimitación depende de que se trate de un mapa puramente geográfico o de otro político» (2008: 13). Porque, en efecto, ni las definiciones coinciden, ni sus fronteras ni su *demos* están delimitados, ni la actual Unión Europea coincide con el conjunto de la misma. Por eso no es difícil concluir que se trata más bien de un «contra-concepto» relacionado estrechamente con su «otredad», ya que, como escribe Bauman apoyándose en el historiador Norman Davies, «siempre ha sido difícil establecer dónde comienza Europa y dónde termina geográfica, cultural o étnicamente. Nada ha cambiado en este aspecto. La única novedad es el creciente número de comités permanentes y *ad hoc*, congresos académicos y otras reuniones públicas dedicadas exclusivamente o casi a cuadrar este círculo en concreto» (2006: 17-18).

Sin embargo, insistimos, desde hace siglos se ha ido forjando un sentimiento de pertenencia a Europa desde muy diferentes lugares y formas de verla, partiendo siempre de un imaginario colectivo que la convertía en centro del mundo. No es por eso casual que el «eurocentrismo» que ha predominado en prácticamente todas las corrientes relevantes de pensamiento que se han ido formando en ella se vea hoy sometido a duras críticas y autocríticas en este momento de transición histórica en el que «Europa» se encuentra ante profundos desafíos tanto geopolíticos como geoeconómicos y culturales por parte de los distintos «otros», ya se trate de las grandes potencias emergentes, de la población trabajadora inmigrante, del mundo «árabe-islámico», del «Sur» en general o del «terrorismo internacional».

En este número especial aspiramos a ofrecer distintas visiones de «Europa», relacionadas con algunas de sus dimensiones más relevantes, animados por la intención de contribuir a la reflexión sobre el pasado, el presente y el futuro del «proyecto

européo». Comenzamos con el trabajo de Sergio Sevilla, quien parte de las aportaciones de Edmund Husserl sobre la conciencia de «crisis civilizatoria» vivida en la primera postguerra mundial del siglo XX para enlazar con el redescubrimiento de Ramón Llull por Massimo Cacciari y su tesis de que «Europa está allí donde “roza” con lo extraño, con lo extranjero».

Este retorno a la historia se refuerza tanto con la contribución de González Alcantud como con la de Françoise Vergès. El primero viene a recordarnos la fuerte presencia del Islam en Europa y la función que jugó éste, «en negativo», para crear una conciencia de identidad europea, reforzada de nuevo tras el 11-S de 2001; no obstante, el autor se desmarca de las tesis de Edward Saïd o Jack Goody, recordándonos el «mudejarismo» cultural y el deber de lucidez para conocer lo que de «oriental» habita en la cultura europea. La segunda reivindica la memoria colectiva como tema movilizador frente a una «memoria pública» que mantiene el olvido y la amnesia, sobre todo frente a lo que ha significado para Europa su larga historia colonial y, más concretamente, la existencia de un punto ciego en el relato nacional francés: la presencia del esclavo y el papel de la noción de raza en la construcción de la identidad nacional.

Partiendo precisamente de una reconsideración crítica del racismo europeo y de su tendencia a la reducción de la noción de «extranjero» a la de «enemigo» virtual (simbolizada en los campos de internamiento que ahora amenazan con proliferar para «retener» hasta 18 meses a millones de inmigrantes «sin papeles»), Etienne Balibar asocia ese racismo a la ambivalencia de la «frontera», no sólo externa sino también interna, entre los propios países miembros de la UE. De ahí la dificultad de que Europa pueda emerger como una «mediación cosmopolítica» mientras no se produzca una deconstrucción del eurocentrismo por parte de los propios europeos.

El artículo de Rafael Díaz-Salazar se apoya, como el de Vergès, en el caso francés, recordando los rasgos de su modelo de laicidad originario, para distinguir, siguiendo a Bauberot, entre «laicización» y «secularización» y describir luego las diferentes vías de relación que se han ido estableciendo entre una laicidad abierta a las religiones y las distintas formas de expresión pública de éstas, incluyendo el ámbito controvertido de la enseñanza. Las limitaciones de extensión del trabajo no han permitido desarrollar las enseñanzas que ha podido extraer de este estudio, ampliamente expuestas en trabajos posteriores del mismo autor.

Henri Pena nos ofrece, en cambio, las tesis principales de un laicismo firmemente decidido a defender la libertad de conciencia, la igualdad de derechos de ateos agnósticos y creyentes y la promoción con la ley común de lo que es universal para todos, frente a todo tipo de privilegios concedidos o exigidos por las distintas instituciones religiosas a los Estados. El autor alerta así frente a la ambigüedad de la noción de «derechos culturales», ya que considera que pueden ser utilizados para que el derecho a la diferencia desemboque en la diferencia de derechos.

Pero si algo ha contribuido al refuerzo de la idea de Europa después de la Segunda Guerra Mundial ha sido el desarrollo de diferentes regímenes de Estado de bienestar que fueron reconociendo toda una serie de derechos sociales a lo largo de los «treinta

gloriosos» hasta que a mediados de los años setenta se inició un camino inverso. Esto es lo que luego fue codificado como el «modelo social europeo», definido en contraste con los existentes en otras regiones del mundo, sobre todo tras la caída del bloque soviético. José María Zufiaur y Miren Etxezarreta nos presentan análisis muy documentados de la evolución de ese modelo, coincidiendo ambos en un diagnóstico muy crítico y en algunas de las propuestas terapéuticas que podrían ayudar a forzar un cambio de rumbo frente a la ortodoxia neoliberal todavía imperante.

Los trabajos de Luciano Patruno y de Yves Salesse se adentran en el estudio de la formación del derecho comunitario europeo y en el contenido tanto del fallido Tratado Constitucional Europeo como del denominado «Tratado de Lisboa». A través de ellos se puede comprobar cómo se ha ido desarrollando una lucha por la hegemonía en la que van ganando una clase dirigente y una élite económica y empresarial y, con ellas, la primacía de la edificación del mercado y el intergubernamentalismo; todo ello en detrimento de una Europa política, democrática y basada en la armonización social.

Finalmente, Xosé Manoel Núñez Seixas nos presenta un análisis comparado de los nacionalismos subestatales en el Este y el Oeste, resaltando sus diferencias pero también la influencia que en los desenlaces de casos como el de Kosovo tiene la geopolítica de las grandes potencias a la hora de reconocer o no el «derecho a decidir». El contraste entre la persistencia del mito de la soberanía, por un lado, y las dificultades de los nacionalismos subestatales occidentales para alcanzar una hegemonía en sus ámbitos territoriales respectivos, por otro, es cada vez más visible pero no por ello deja de aparecer en ellos el «soberanismo» como una forma de aspirar a alcanzar un estatus político propio en el marco de la Unión Europea.

REFERENCIAS

- BAUMAN, Z. (2006): *Europa. Una aventura inacabada*. Madrid: Losada.
GARCÍA PICAZO, P. (2008): *La idea de Europa: Historia, cultura, política*. Madrid: Tecnos.